

JOSÉ PELLEJÀ Y SU RELACIÓN DE LA EXPULSIÓN DE CHIQUITOS

*Carlos A. Page**

Resumen

De los múltiples testimonios escritos por los jesuitas en tiempos de la expulsión, nos ha quedado un texto, aunque incompleto en su inicio, que menciona el viaje que debieron hacer varios jesuitas que se encontraban en las reducciones de Chiquitos. Dejaron las mismas en tres grupos, teniendo como primera escala Santa Cruz de la Sierra. De allí pasaron a Cochabamba y luego emprendieron un camino casi recto al oeste, pasando por Tapacarí, Oruro, Curahuara y Tacna. Viaje a lomo de mula y caminando por altas sierras, hasta llegar a Arica, donde continuaron viaje por mar a Ilo y, finalmente, Lima. Pero allí sólo permanecieron poco tiempo, hasta encontrar una embarcación que los llevó directo a España pasando, nada menos, que por el Cabo de Hornos.

Firma la relación el jesuita catalán José Pellejà, que hacía alrededor de seis años se encontraba en Chiquitos y que le sorprendió el Decreto Real de la Expulsión en el pueblo de Santiago. El autor no escatima esfuerzo en pintar paisajes, ciudades y pueblos por los que pasó, describiendo lo que veía a su paso, tanto en las rigurosidades del clima como en costumbres y lugares.

Las memorias del exilio

La literatura escrita por los jesuitas en su estadía en Italia se destacó notablemente. Ello radica –como escribe Batllori (1966, p. 23)– en el

* Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad del Salvador e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. <http://www.carlospage.com.ar/>

estado cultural de las diversas provincias españolas ante la expulsión. De tal manera que surgen literatos de suma significación que ha conformado una suerte de literatura hispano-italiana. Ya había escritores célebres dentro de los Padres expulsos de la Compañía de Jesús como Lorenzo Hervás y Panduro, Esteban de Arteaga y Francisco Isla. Pero la gran producción estaba reservada, en gran medida, para una estirpe de hombres que, sobre todo, deseaban hacer conocer al mundo su vida cotidiana misional en países lejanos y llenos de peligros. Sobresalen, en este sentido, los americanos, nutridos de una experiencia educacional y misional que los distinguían. Los educadores derivaron en publicistas y los misioneros en la producción de obras de carácter etnográfico y geográfico, convirtiéndose en fuentes primordiales del, por ejemplo, enciclopedismo de Hervás, el padre de la filología moderna, que recibió notable ayuda de Joaquín Camaño, entre muchos otros.

En la antigua provincia del Paraguay se destacaron varios profesores escritores, como el zaragozano Joaquín Millás, que trabajó sobre el valor pedagógico de las letras clásicas o el filósofo Gaspar Pfitzer que dejó varios tratados de su especialidad, como lo hizo a su vez Domingo Muriel. También el erudito José Sánchez Labrador escribió numerosas cuestiones de historia natural, al igual que lo hizo José Jolís con su historia natural de la región chaqueña. El inglés Tomás Falkner publicó en 1774 una descripción de la Patagonia, haciendo el primer descubrimiento y mención de un gliptodonte. La ciencia ocupó un lugar preponderante y son ejemplo de ello el Padre santafesino Buenaventura Suárez, considerado el primer astrónomo de la región, o Gaspar Juárez, brillante botánico y paleontólogo. En nuestra disciplina histórica, el Padre José Guevara publicó, en 1764, la "Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", donde se ocupó también de la flora. El mismo Francisco Javier Iturri espreciado como el primer historiador argentino, pues, siendo natural de Santa Fe, escribió una obra pionera que permanece extraviada. No menos importantes fueron el húngaro Ladislao Orosz, continuador de la célebre obra *Decades* de Nicolás del Techo, el conocido José Manuel Peramás o Manuel Canelas, que dejó una relación sobre los indios mocovíes, y Pedro Juan Andreu del que contamos con dos obras impresas y una inédita sobre la historia tucumana y etnografía chaqueña. José Cardiel nos legó varias obras de gran interés, como también José Quiroga, marino, cartógrafo y matemático, y Martín Dobrizhoffer y Florián

Paucke que relataron sus experiencias entre los indios del Chaco. Muchas de estas obras fueron publicaciones póstumas que penetraron el siglo XIX, y profundamente aún en nuestros días.

Pero frente a todos estos jesuitas, prevalecían en el siglo XVIII los escritos que desvalorizaban la empresa colonizadora española y, más aún, la naturaleza del nuevo continente y las potencialidades de los pueblos originarios, como las obras de Cornelius de Pauw, Guillaume Raynal y William Robertson. Los jesuitas fueron los primeros detractores de esas teorías, pero también se dividieron en sus apreciaciones, entre hispanos, europeos y criollos, aunque juntos cultivaban una ideología regionalista que aumentó con la melancolía de la distancia y los sufrimientos que les ocasionó el exilio. De estas tendencias, la obra de José Manuel Peramás, comparando la República de Platón con las reducciones guaraníicas (1793) ya no tiene sólo carácter religioso sino que evidencia sus europeizadas ideas.

El desarrollo de textos referidos a las vicisitudes de la expulsión puede analizarse dentro de varias perspectivas. Pero la más importante era la de dejar en la memoria un acontecer cargado de injusticias del que fueron víctimas sus autores. Con ello, se consolidaba un interés profundamente apologético. Existen varias decenas de textos de esta tipología dentro de los jesuitas hispanoamericanos. Algunos escriben a manera de diarios, otros con elegante prosa, pero todos siguiendo una línea histórica que se inicia con una breve descripción del sitio donde se encuentran, pasando por la irrupción de los soldados en sus domicilios y, luego, todo el viaje camino del exilio, con los padecimientos surgidos en éste y, obviamente, sus destinos finales.

Todas estas obras guardan la particularidad de constituir un robusto cuerpo documental, que si bien fueron escritas con la inmediatez de los acontecimientos, se constituyen en testimonios únicos redactados por sus propios protagonistas. Sólo este hecho diferencia esta trágica dimensión del destierro de otros sucesos similares, como la expulsión de los judíos o los moriscos en España (Giménez López, 1995, p. 211).

Se conserva una gran cantidad de textos que podemos ubicar, incluso varios, en cada una de las provincias jesuíticas. Así, de Andalucía

sobresale el texto del jesuita Antonio Pérez de Valdivia, que dio a conocer sus padecimientos en un relato que comienza desde el colegio de Jaén, en dos obras que fueron consideradas en su momento, injuriosas contra el rey y sus ministros. También, de la misma provincia, son los relatos del Padre Rafael de Córdoba, mientras el Padre Diego de Tienda relata el viaje emprendido desde los puertos de Santa María y Málaga hasta Civitavecchia, en tanto que el Padre Marcos Cano cuenta los incidentes de su viaje a Córcega. De la provincia jesuítica de Castilla es la famosa y extensa obra del Padre Luengo, que abarca 49 años de exilio, en 63 volúmenes manuscritos de los que algunos fueron publicados (Fernández Arrillaga, 2001-2004), destacándose con esta monumental obra otros textos como los de los Padres Francisco de Isla, publicado en Madrid en 1882 y el amplio relato de José Cortázar. De la provincia de Aragón resalta la obra, en cuatro volúmenes, del alicantino Padre Vicente Olcina, muy similar a la del Padre Luengo, y la del provincial de aquella jurisdicción, el Padre Blas Larráz. Sólo mencionamos estos pocos, entre varios otros, amén de las obras que fehacientemente se conocen que se escribieron y se encuentran perdidas. De las provincias de ultramar contamos con dos manuscritos de Filipinas ampliamente estudiados por su riqueza, y de los que se cuentan varias copias ubicadas en diversos archivos europeos, que demuestran el interés de los autores por difundir aquellas narraciones.

Desde América nos han llegado más relatos, como, desde el Colegio Máximo de Quito, la obra del Padre Isidro Losa, que escribió en Rabena, sumándose en la tarea sus compañeros los Padres Recio, Velazco y Uriarte. De la cercana provincia de Nueva Granada se encuentran dos relaciones anónimas, una, quizás, del Padre rector del colegio de San Bartolomé, José Yarza, y la del Padre Ignacio Duquense, que por entonces era estudiante del mencionado colegio de Santa Fe de Bogotá (Pacheco SJ, 1989, p. 508). De México, dos fueron publicados, el del jesuita de Puebla Antonio López Priego y el del estudiante Rafael de Celis, sumándose la obra inédita del misionero de Sonora Bernardo Middendorff y de los historiadores jesuitas novohispanos como Francisco Javier Alegre, Francisco Javier Clavijero y Andrés Calvo. De la provincia del Perú conocemos el diario del Padre Francisco Larreta del colegio de Lima, las memorias de Juan José Godoy del colegio de San Pablo y otra anónima que se encuentra en Florencia (Fernández Arrillaga, 2002, pp

497-499). De Chile se conservan en Munich dos obras del Padre Pedro Weingartner, una sobre la situación de los novicios y la otra, *littera*, sobre su viaje; que se publicó en francés en 1868, y en castellano en Chilo en 1869¹.

Finalmente, llegamos a los diarios y relatos de la provincia jesuítica del Paraguay y, en este sentido, cabe detenernos en la figura del Padre Hernández, quien en su temprano libro sobre los jesuitas expulsos del Paraguay (Hernández SI, 1908, p. 123) dejó ampliamente abierto el camino de la investigación en la materia. Gran parte de sus textos fueron realizados, precisamente, con estos diarios del exilio y podemos afirmar que conoció todos ellos. Sólo que ha pasado exactamente un siglo desde que lo publicó y los documentos que él consultó sufrieron varias vicisitudes que hicieron, incluso, que algunos desaparecieran.

Varios son los textos que localizamos (Page, 2010a), y otros de los que sólo tenemos noticias sobre esta temática en la provincia del Paraguay: El muy famoso de José Manuel Peramás, publicado por el Padre Furlong en dos oportunidades, una en 1936 y otra en 1952 (Furlong, 1952), aunque hubo varias versiones en distintas lenguas que lo precedieron, incluso en castellano en 1906². El del Padre Gaspar Juárez publicado en sus dos fragmentos hasta ahora conocidos (Grenón, 1920, pp. 113-128), la inédita relación de los novicios del Padre Miranda³, el del Padre Florián Paucke aparecido en el tomo III de su célebre obra (Paucke, 1944, pp. 71-150), el de Francisco Javier Iturri que publica Furlong en su biografía (Furlong, 1955, pp. 129-141), otro inédito y anónimo que escribe un expulsado del colegio de Tarija⁴, el del Padre Bernardo Castro desde la reducción de San José de Petacas (Furlong, 1939, pp. 149-154), el de Sánchez Labrador desde la de mbyayas (Sánchez Labrador,

¹ Carta del P. Pedro Weingartner al provincial de Germania P. José Erchard, *Historia de Chile. Importante documento sobre la expulsión de los jesuitas en 1767*, Imprenta Nacional, 1869. La misma se puede consultar en <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0000297.pdf> También la incluye BARROS ARANA, 1932, pp 115-140.

² *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Tomo VI, Buenos Aires, 1906.

³ Archivo Histórico de la Provincia jesuítica de Castilla, C19 N03 y ARSI Assistentiae Galliae. Gal 1-43, Ref. 27. Sobre este tema ver Page, 2010b.

⁴ Archivo Romano de la Compañía de Jesús, Paraquaria, 14, ff. 41-82v.

1919, pp. 156-161) y el del Padre Roca desde el colegio de Belén, que no hemos hallado pero igualmente obtuvimos una transcripción parcial realizada por el Padre Pastells⁵. Finalmente, el que presentamos en estas páginas, del sacerdote jesuita de la reducción de Santiago de Chiquitos, el catalán José Pellejà.

Estos son los relatos que conocemos y presentamos en esta oportunidad, pero sabemos de la existencia de, al menos, dos textos más de jesuitas contemporáneos a la expulsión, pero no los hemos podido localizar. Son los del Padre Luis Olcina, titulado *"Casos relativos a las persecuciones de la Compañía"*, que cita el Padre Hernández del Archivo de la Provincia de Aragón (Hernández, 1908, p. 62⁶). El otro es el del Padre Antonio Bustillo, misionero de la reducción de San Pedro de mocovíes donde se encontraba, que cita Furlong haberlo hallado en 1924 en el Archivo de Loyola (Furlong, 1939, p. 7).

No obstante, creemos que se deben haber escrito más textos y que no nos han llegado a la actualidad por diversos motivos, sobre todo por las vicisitudes que ha sufrido la documentación de los jesuitas (Page, 2001b). En este sentido, Furlong supo de la relación escrita por el Padre rector del colegio de Asunción Antonio Gutiérrez, como efectivamente lo señala el Padre Lorenzo Casado, pero nunca nadie lo halló.

Seguimos la opinión de Fernández Arrillaga de que la coincidencia de que desde todas las provincias jesuíticas se escribieran diarios sobre las vicisitudes del exilio, es porque fueron realizadas siguiendo órdenes superiores. Y en este sentido vaya como prueba la carta que un misionero escribe al provincial José de Robles, donde señala *"En cumplimiento de la orden de VR para que informemos los Padres misioneros de indios, lo que nos acordamos o sabemos de aquellos con quienes hemos vivido"*.

⁵ Transcripción inédita e incompleta del Padre Pablo Pastells S.I. Archivo de la Provincia de Andalucía, Granada, Fondo General, Caja 14 – 1767, 5 jul.

⁶ Realizamos una intensa búsqueda de este documento junto con el P. Casanovas, pero no lo logramos hallarlo.

⁷ Archivo Histórico de la Provincia Jesuítica de Cataluña, Barcelona (ARXIU) AC MI 03 Paraguay y Chaco.

Las copias que se producen luego de cada una de ellas son muestra, por un lado, de cumplir este encargo, pero, a la vez, de dar a conocer sobre sus propias personas a colegas, amigos o familiares, como el caso evidente del padre Juárez, en que su relación es una carta a su amigo Funes. Pero siempre, y como común denominador, tratan de enaltecer a la Compañía de Jesús y, en definitiva, con la intención quizás de conformar un considerable fondo documental, para el día de mañana escribir una historia en contra del regalismo que tanto perjudicó a la Compañía de Jesús. Esto era un proyecto a futuro, y por qué no enlazarlo con las disposiciones del Padre General Luis Martín para reconstruir una historia de la Orden a fines del siglo XIX, y qué es más evidente que la obra del Padre Hernández, escrita hace cien años, que se construye su mayoría con estos diarios de jesuitas expulsos.

Algunos diarios fueron verdaderos apuntes de viaje que el autor realiza para luego volcarlos en un texto general. Esto se denota en los borradores que hemos visto, por ejemplo los del Padre Iturri. Los juicios vertidos en ellos no pueden ser otros que los de una profunda crítica hacia sus verdugos y de un considerable agradecimiento a quienes los ayudaron, siempre, claro está, recalcando la inocencia de sus propias personas y sobre todo de la Compañía de Jesús.

Estos relatos, llamados indistintamente diarios, memoriales o relaciones, están referidos en realidad a varias instancias del viaje, que comprende de América a España y de allí a los Estados Pontificios.

La expulsión de Chiquitos

En las 10 reducciones de Chiquitos, que al momento de la expulsión se habían formado, se encontraban 24 jesuitas, de los cuales 23 eran sacerdotes y uno coadjutor. Era superior el P. José Rodríguez, contando cada pueblo con un cura doctrinero y un acompañante, aunque en algunos casos como San José, San Ignacio y San Javier se encontraban 3 jesuitas en el momento de la expulsión, amén de este último, que tenía cuatro por encontrarse allí de visita el P. Superior.

Las órdenes de la Corona para la expulsión de los jesuitas llegaron a Buenos Aires a manos del gobernador Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa. Había

en la correspondencia, remitida por el conde de Aranda, un pliego especial para el flamante Presidente de la Real Audiencia de Charcas D. Juan Victorino Martínez de Tineo⁸. Bucarelli envió los despachos secretos por medio del teniente José Ignacio de Merlo, quien llegó a Chuquisaca el 17 de julio de 1767. Se le encomendaba la ejecución del decreto para el 4 de setiembre, en el colegio de Tarija y en las reducciones de Chiquitos y Mojos, además de las casas de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, La Paz, Juli y Santa Cruz de la Sierra. Martínez de Tineo hacía poco se había hecho cargo interinamente de la Audiencia a raíz del fallecimiento de su anterior titular don Juan Francisco Pestaña y Chumacera, muerto en una expedición al Matogroso contra los portugueses. Era de los personajes considerados por entonces adeptos a los jesuitas, lo cual fue pretexto para que el gobernador Bucarelli arremetiera en su contra varias veces.

Una vez recibidos los pliegos, Martínez de Tineo confió la ejecución del decreto al capitán de infantería del regimiento de Mallorca y teniente coronel de los reales ejércitos D. Diego Antonio Martínez de la Torre, quien poco tiempo atrás había residido cerca de un año en las reducciones de Santa Ana y San Rafael, enviado allí por las constantes amenazas de ocupación de los portugueses.

Los oficiales, con un destacamento de 80 soldados, partieron de Santa Cruz rumbo a Chiquitos el 21 de agosto, convencidos de que los jesuitas ya sabían lo que sucedería, pues seguramente se habían enterado de lo acontecido en las gobernaciones próximas del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay.

Llegaron a San Javier el 1º de setiembre, donde hallaron de visita al P. Superior José Rodríguez, que había llegado unos diez días antes junto

⁸ Brigadier de los Reales Ejércitos nació en Denia el 28 de febrero de 1720 y murió en San Idelfonso el 2 de agosto de 1771. Fue gobernador del Tucumán entre 1749-1752. Luego y durante su gestión como gobernador levantó la reducción de la Purísima Concepción de Abipones en Santiago del Estero. Además de instalar varios fortines como el del Río del Valle del Río Negro, el Tunillar y San Luis de Pitos. Desde 1750 efectuó varias entradas al Chaco logrando sostener a los chunupis, vilelas, tobas y mataguayos, reestableciendo a los colonos de sus tierras donadas por los continuos ataques. Dos años después y luego de una sublevación civil renuncia al cargo.

con el P. Procurador Antonio Priego (Hernández, 1908, p. 168). Se procedió a leerles el real decreto firmado en el Pardo el 27 de febrero de 1767 y, posteriormente, se continuó con el inventario de los bienes.

El 4 y 8 de setiembre, respectivamente, Martínez de la Torre designó dos grupos para viajar a los pueblos restantes y continuar con las actuaciones. El primero lo encabezó el capitán de infantería D. Francisco Gutiérrez de Villegas y el subteniente de infantería D. Jacinto de la Portilla a las reducciones de San Javier, San Rafael, Santa Ana, San Ignacio, San Miguel y Concepción. El otro comisionado fue el capitán de infantería don Santiago Gutiérrez de San Juan, acompañado por el subteniente de granaderos don Bernardo Antonio de Riego y por Gregorio Cornejo, que oficiaron de testigos. Comenzaron su tarea en los pueblos de Sagrado Corazón, Santiago, San Juan Bautista y San José (Bravo, 1872, pp. 479-621 y Kühne, 2003).

En San Javier fue donde los jesuitas aconsejaron la necesidad de que no fuera toda la tropa sino solamente uno o dos españoles, pues se temía cierta reacción negativa de parte de los indios, aunque por aquella época algunas reducciones contaron con algunos destacamentos que las custodiaban por posibles avanzadas de los portugueses. Por tanto y de común acuerdo no se trasladarían los soldados y el oficial a cargo fingiría ser sólo un inspector que iba a controlar el pago de los tributos.

La mayoría de los Padres eran ya ancianos y enfermos, por lo que esperaban que de alguna manera se pudieran exceptuar de semejante y complicado traslado. Pero a pesar que el ejecutor recomendó que éstos permanecieran en las reducciones, no se tuvo la más mínima contemplación y desde la Real Audiencia, siguiendo las estrictas órdenes de Bucarelli, se ordenó que con puntualidad "ningún sujeto de la Compañía de Jesús debía quedar en estos pueblos, ni a título de viejo o de enfermedad" (Hoffman, 1981, p. 107).

Pero sucedió todo lo contrario. Según la crónica del P. Hernández, quien sigue al P. Peramás, cuenta que en la reducción de Santiago se encontraban los PP. Patzi como superior y Pellejà como su compañero, ambos catalanes. Al llegar el comisionado Gutiérrez de San Juan entregó a los misioneros una carta del P. Rodríguez dirigida a ellos, donde les

manifestaba los acontecimientos y que no dijeran palabra alguna a los indios de que quedaban condenados al destierro. Los padres comunicaron a los indios la noticia de la llegada de los enviados del rey y salieron todos a recibir al delegado y al jesuita Camaño que los acompañó, en una verdadera fiesta de regocijo. Llegaron el 5 de octubre y: "A la entrada del pueblo estaban aguardando a los huéspedes los niños divididos en dos cuadrillas, cada una con su jefe al frente. Seguían á las hileras de niños otras dos de jóvenes, y en medio de ellos cantaban los músicos y tañían sus instrumentos de flautas, trompas y otros; y todos iban, según su estilo adornados con plumas de vistosos colores arregladas con prolijo arte. Los hombres de á caballo en compañía de los cabildantes y de los PP. Patzi y Peleyá, salieron a encontrar a Gutiérrez fuera y a alguna distancia de la población, y le saludaron y condujeron a ella con grandes demostraciones de alegría. Tocándose las campanas como en las mayores fiestas" (Hernández, 1908, pp. 171-172). Sólo dos días permaneció allí el comisionado, trasladándose luego a la reducción de San Juan y, finalmente, a la de San José.

Los oficiales ingresaban a la reducción, les leían a los jesuitas el decreto y luego que prestaran su conformidad, éstos les entregaban las llaves de los aposentos, almacén, librería y sacristía, pasando casi siempre a inventariar primero la librería, donde estaban instruidos de buscar textos comprometedores para los jesuitas. De este modo avanzaban con los inventarios, llevándose a un sacerdote y dejando al otro, para que no causara conmoción entre los pobladores.

Obviamente, los indios se dieron cuenta de las maniobras. Cuenta Schmid lo conmovedor que fue la partida desde su reducción de San Ignacio, cuando al subirse a la mula que lo llevaría al destierro, los indios lo rodearon y no lo dejaban avanzar, dentro de un ambiente de llantos y dolor que fue en aumento a medida que el anciano sacerdote se alejaba, envuelto con la pesadumbre del dolor. Lo acompañaron un trecho del camino hasta que lentamente las miradas se disiparon (Hoffman, 1981, p. 8). En el Pueblo de Santiago dejaron al P. Patzi y se llevaron al P. Pellejà quien junto con el P. Camaño y los oficiales partieron ante la extrañeza y dolor de los indios.

El 2 de noviembre de 1767 el ejecutor despachó una partida de 14 jesuitas a cargo de un oficial y algunos soldados. Otro grupo de seis jesuitas fue

enviado el 28 de diciembre con el grueso de la tropa. Los últimos misioneros salieron de Chiquitos el 4 de abril (Hernández, 1908, p. 173). De tal forma que todo el operativo duró siete meses.

Los nuevos párrocos que fueron llegando no entendían la lengua nativa y unas semanas más tarde en Concepción y Santa Ana se registraron disturbios (Hoffman, 1981, p. 108).

El catalán José Pellejà

Nació el 25 de octubre de 1730 en Riudoms, pequeño pueblo de las afueras de Reus, tierras de la provincia de Tarragona (Storni, 1981, p. 216), que muchos años después fue la cuna del célebre Antonio Gaudí. Ingresó a la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón en el noviciado de Tarragona, el 31 de octubre de 1749, cuando recién cumplía 19 años. Posteriormente y durante el año 1752 y siempre en la comunidad de Cataluña, estudió Humanidades en Manresa, en el colegio fundado por don Lupercio de Arbizu en 1620. Cuando culminó el curso estudió los dos años siguientes Filosofía en el colegio jesuítico de La Seu d'Urgell, en Lérida, ciudad antiquísima levantada entre los ríos Segre y Valira.

Desconocemos las motivaciones y demás detalles que llevaron al joven José decidirse a viajar a las misiones americanas. Pero una vez que el Preósito General Ignacio Visconti concedió su pedido, salió de La Seu d'Urgell el 24 de noviembre de 1754 con rumbo al puerto de Santa María, donde arribó el 10 de enero siguiente.

Se alistó en la expedición de los PP. Pedro de Arroyo y Carlos Gervasoni. Ambos no regresaron al Paraguay debido a que el primero falleció en Madrid el 10 de abril de 1754. Mientras que el P. Gervasoni fue desterrado de España por su vehemente posición en contra del Tratado de Límites, radicándose en Génova, donde murió en 1773 (Page, 2007, p. 48). Quedó a cargo del grupo el P. Baltasar Hueber (Leonhardt, 1927, p. LXVI). Viajaron junto con Pellejà, 23 sacerdotes y estudiantes, además de 7 coadjutores, como parte de una misión de sesenta religiosos autorizada por la real orden del 19 de febrero de 1754, comunicada por el marqués de la Ensenada, para la provincia del Paraguay. Entre los más destacados jesuitas que se encontraban podemos identificar a José Manuel Peramás,

Jaime Oliver, Luis Alsina, Ramón Salat, Antonio Bustillo, Diego González, el naturalista José Jolis, el famoso expulso por los jesuitas Bernardo Ibáñez de Echavarrí que escribió un libelo en contra del Instituto, y el boticario Wenseslao Horski, entre otros. En la reseña de los pasajeros embarcados se describe a Pellejà como *"delgado, blanco, buen semblante, ojos y pelo negro"*. Levaron anclas en el puerto de Santa María el 5 de abril de 1755 en el navío "San Francisco Javier", alias "El Torero", conducidos por el maestre Nicolás de Aizpurúa (Pastells, 1928, pp. 206-207).

Pellejà viajó, como dijimos, con el también catalán de Mataró, José Manuel Peramás quien, escribiendo la biografía de varios de sus compañeros, dejó el recuerdo de su propia experiencia de aquel viaje que compartieron. Cuenta que a fines de abril llegaron a las islas Canarias, asombrándose de la imponencia del famoso volcán Teide ubicado en la isla de Tenerife. Luego partieron para el Río de la Plata en una navegación tranquila, fuera de alguna tormenta, aunque con algunos gratos espectáculos como los peces voladores o cuando al cruzar los trópicos y ante la carencia de vientos que muevan la nave algunos pasajeros se zambullían en las aguas. En julio entraron en el estuario del Plata, desembarcaron en Montevideo el 17 de julio de 1755 (Tomichá, 2002, pp. 63-95) y luego pasaron a Buenos Aires donde permanecieron un tiempo hasta trasladarse a Córdoba, donde los jóvenes estudiantes concluirían sus estudios. Así que ambos catalanes, que sólo se llevaban dos años de edad, habrán compartido aquellos días de estudios como los días de gratos recuerdos de su viaje a las ansiadas Indias. Pero también junto al P. Pellejà viajaron otros jesuitas españoles que fueron destacados misioneros en Chiquitos, como el novicio catalán Francisco Vila, enviado en 1757, los estudiantes José Chueca, en 1760 y Antonio Priego en 1763.

En Córdoba, el joven Pellejà hizo el tercer curso de Filosofía en ese mismo año. Mientras recibió su sacerdocio en 1759. A partir de allí no sabemos qué hace y dónde se encuentra hasta el 4 de octubre de 1761 que llega a Chiquitos (Tomichá, 2002, p. 154). Al año siguiente lo vemos en la reducción de San Javier, cuando el visitador Francisco Lardín informó al P. Provincial Andreu que en el pueblo de Santiago se hallaban, entre otros, los caijotorades con 243 familias y 1.387 almas. Hacía poco

se había fundado el pueblo y aún carecía de una adecuada casa e iglesia, que para la expulsión aún se encontraba sin concluir. Tenía una importante estancia con cuatro mil vacas, caballos y mulas. Fue el P. Visitador quien continuando con su informe menciona que nombró como su cura al P. Narciso Patzi, reemplazando al P. Troncoso que se hallaba un poco enfermo, siendo llevado a San Ignacio. Por compañero designó al P. José Pellejà, quien desde el año anterior se encontraba en Chiquitos⁹. En otro informe que escribe Pellejà, esta vez al provincial Robles y en el exilio en 1769, le informa que en Santiago había 400 familias (Combès, 2009, p. 233).

El pueblo de Santiago fue fundado por los PP. Gaspar Troncoso y Gaspar Campos a orillas del río Aguas Calientes en 1754. Diez años después fue trasladado a su actual ubicación. Ardua tarea que precisamente llevaron adelante los PP Patzi y Pellejà. Allí, entonces, permanecieron los recién designados hasta los días de la expulsión y, precisamente, casi un año antes de aquellos trágicos sucesos, Pellejà recibe sus últimos votos.

Luego vendrá la expulsión y de sus largos veinte años de exilio sabemos muy poco. Llegó a Faneza y estuvo en Ferrara donde conocemos que escribió una carta a su hermano Pablo a fines de 1781, contándole que allí se habían acomodado los jesuitas de Aragón, quejándose porque los precios de las cosas estaban muy altos y apenas les alcanzaba la pensión real, debido a la guerra que libraban entonces España y Francia contra Inglaterra (Batllori, 1966, p. 65). Seis años después, el 9 de julio de 1787, muere en Ravena (Storni, 1981, p. 216).

Además de esta carta, que menciona Batllori, tenemos noticias de al menos otros dos escritos que han quedado del P. Pellejà. Uno ubicado en el mismo archivo de Barcelona, que es una carta dirigida al provincial José de Robles, quien le requiere que haga una relación de las reducciones de Chiquitos. Está fechada en Ravena el 9 de agosto de 1769 y fue publicada por Javier Matienzo en el libro de Isabelle Combès

⁹ Archivo General de la Nación (Argentina), Biblioteca Nacional, (AGNBN) doc. 6330 Inv. 025058). *Noticias sobre las misiones del Paraguay hasta Corrientes y el Brasil por el Padre Francisco Lardín*, Concepción, 9 de octubre de 1762.

sobre "Zamucos" (pp. 232-243). El otro texto es una gramática y un vocabulario chiquitano, encontrado en la biblioteca de Módena por Sieglinde Falkinger, quien a pesar de no hallarse firmado lo atribuye a Pellejà. Este manuscrito es una de las seis gramáticas chiquitanas de que se tiene noticia. Es también atribuida a Camaño, porque este mismo jesuita realizó otra gramática, que llegó a la biblioteca de Wilhelm von Humboldt y que hoy se ubica en la Biblioteca Jagiellonska de Krakovia. Otro ejemplar de la gramática de Camaño, hoy en la Universidad de Jena, fue publicado en 1880 por Lucien Adam y Victor Henry (1880, pp. 59-116). Ambas gramáticas son parecidas pero no iguales y se basan en la gramática del P. Chomé. La investigadora Falkinger lo atribuye a Pellejà porque el autor anónimo de Módena escribe que vivió siete años en Chiquitos, lo que corresponde similar permanencia de Pellejà, mientras que Camaño sólo estuvo tres años. Igualmente Batllori, citando una carta de Hervás, dice que Pellejà compuso de memoria, en Ravena, una gramática chiquitana.

El relato de la expulsión del P. Pellejà

La relación de Pellejà es similar a la de Schmid, al menos en su primer tramo de viaje, que fue alcanzar el puerto del Callao. Aunque la de Pellejà es mucho más detallada que la del suizo, publicada por Hoffman (1981, pp. 155-156) y Fischer (1988). Pero se vislumbra, en ambas, que tanto Schmid como Pellejà no tomaron el mismo camino, al menos en su totalidad. Pues ambos al llegar a Lima tomaron rumbos diferentes. El grupo del catalán irá al sur, bordeando el Cabo de Hornos, y el de suizo hacia el norte, rumbo a Panamá. Efectivamente, ya se mencionó que salieron de Chiquitos en tres grupos diferentes. El primer grupo, que viajó con Pellejà, contaba con 14 jesuitas, el segundo, de Schmid, con seis y del tercer grupo no conocemos las fechas, nombre del barco y recorrido porque, aparentemente, llegaron después del 30 de junio de 1769, fecha de la relación del documento de donde obtuvimos estos datos¹⁰.

El primer tramo del viaje fue muy duro y varios sacerdotes no resistieron. Así fue como el P. Ignacio Chomé quedó enfermo en Oruro y vio pasar a

los otros dos grupos hasta que finalmente muere en aquel sitio el 7 de septiembre de 1768. Del segundo grupo el P. Juan José Messner, cura de San Rafael, fue hospitalizado en Pachía, cerca de Tacna, llegando abatido por su débil corazón hasta que muere en los brazos del P. Schmid el 24 de abril de 1768. Del tercer grupo murió el P. Juan Esponella, quien al llegar a Cochabamba quedó gravemente enfermo, falleciendo allí el 11 de julio del mismo año.

Tanto Pellejà como Schmid destacan en este primer tramo terrestre la buena hospitalidad de la gente que los veía pasar por sus pueblos y sus casas, ofreciéndoles alojamiento, comida y ropa.

El texto de Pellejà está incompleto y comienza describiendo los animales de la montaña, lo cual expresa: *"la variedad y novedad de estos animales nos hizo menos pesado el camino, que traíamos ya 8 o 10 jornadas desde la Villa de Cochabamba"*. Aquí tenemos la primera referencia de sitio en Cochabamba, encontrándose a esta altura del relato a poco más de una semana de aquella ciudad. Allí fue que hallaron dos indios *"bien portados y a caballo"* que venían de parte del prior de los agustinos, cura del pueblo de indios de Tapacarí, para invitarlos a que pasaran por su casa *"para tener cuanto antes el consuelo de damos un estrecho abrazo"*. Así fue que al llegar al pueblo y al verlos fue grande el gozo del religioso y de la comunidad que allí había, compuesta entre 8 y 10 religiosos. Inmediatamente, todos cedieron sus celdas a los jesuitas, donde se quedaron unos días. Después, el prior mandó al procurador a que se adelantase al pie de *"la famosa cuesta de Tapacarí"* para prevenir la comida y *"que tomáramos fuerzas para vencer aquel tan nombrado cerro"*. Sigue Pellejà escribiendo que *"emprendimos aquel cerro que es alto al extremo, todo peña viva, en el cual no se conoce senda alguna, ni rastro de camino, por cuya causa nuestro conductor anduvo muchas horas perdido y solo entre aquellas breñas"*. Pero en la mitad de la subida las mulas, que llevaban mucha carga de tiendas y comida, se cansaron, y debieron acampar *"en la cumbre de aquel cerro"* y pasar allí la noche sin comer y con mucho frío, ante la intensa nevada. A poco de avanzar y ante el riguroso clima, debieron detenerse por dos días en un *"rancho o cabaña de unos pobres indios"* que albergaron y compartieron lo de ellos con caridad.

¹⁰ Biblioteca Nacional de Madrid, España, Manuscritos 12.870.

El camino se volvía cada vez más áspero y recién pudieron llegar a Oruro a fines del mes de enero. Fueron conducidos al convento de los franciscanos, a pesar que hubieran preferido aposentarse en el de los dominicos, de donde tuvieron noticias favorables de los PP. que pasaron antes.

Pellejà da interesante cuenta de sus impresiones de Oruro:

“Está la villa de Oruro en la falda de unos cerros llenos de oro y plata, pero tan falta su vecindad de un todo, que no sólo no tienen agua buena para beber, ni un palo de leña para calentarse, pero ni una sola yerba se ve en aquellos cerros pelados. Todo les viene de afuera de algunos valles que dicen son bastantes fértiles. De ellos les viene la famosa coca, que es el único alimento de aquellos indios todo el tiempo que están dentro las minas, y aun fuera de ellas apenas comen otra cosa que esa coca, la cual no es otra cosa que hojas de unos arbolillos que plantan los españoles y venden a los indios a muy subido precio y estos con mascar aquellas hojas y tragarse el jugo, ya no pasan pena de comida y bebida en ocho y más días. Mezclan con las hojas en la boca una especie de barro a que llaman llipta, el cual dicen que sazona las hojas en la boca como la sal sazona la comida”.

También cuenta que en Oruro les hicieron más ropa, que incluía una capucha para resguardarse el rostro y la cabeza de la nieve y granizo diario.

Salieron de Oruro a principios de febrero y a las 3 ó 4 jornadas llegaron al pequeño pueblo de indios de Curahuara (hoy famoso por las pinturas murales de su iglesia). Allí permanecieron tres días, y a pesar que el cura les había preparado un sitio para descansar prefirieron armar sus precarios toldos. Justamente, cuenta que era tanta la nieve que cayó la primera noche, que uno de los palos que sostenían el toldo se rompió y la masa de nieve acumulada le apretó fuertemente contra su cuerpo que apenas pudo salir con gran esfuerzo y sacar a su compañero. El frío era tan intenso que dejaron el poncho, *“un pedazo de lienzo con su agujero en medio, en el cual se mete la cabeza y una parte del lienzo cuelga por el pecho y otra por las espaldas a modo de dalmática”*, porque

ya era de poco abrigo, reemplazándolo por un capingo *“el cual participa de capa y bata”*; mientras que en la cabeza les colocaron una montera de distinto color que el capingo, y escribe: *“ciertamente era cosa de ver y reír aquel ridículo traje que nos vistieron”*.

A esta altura, el P. Pellejà manifiesta que ya hacía cuatro meses y medio que había salido de Santiago, pasando *“casi siempre por despoblados y serranías espantosas”*, pues ahora se hallaba en la cumbre de un cerro en el que debieron permanecer tres días porque se le habían perdido las mulas. El escaso equipaje que les quedaba lo dejaron para poder montar las pocas mulas que permanecieron con ellos, aunque adelantaron un mensajero a Tacna para que el gobernador mandara a buscar su equipaje.

La bajada de aquel cerro significó cambiar el riguroso clima y al fin, el 20 de febrero, llegaron a Tacna, donde fueron bien recibidos por las autoridades y habitantes, haciendo especial mención del contador Ramón de la Huerta, que los amparó por 28 días hasta que consiguieron embarcación para Lima. También describe la “villa de Tacna”:

“por la mayor parte son mestizos, hijos de españoles e indias. Como allí no llueve, ni hace frío por eso muchas casas de aquella villa son de caña sus paredes y techo, con que logran juntamente el fresco, la luz y defenderse del sol”.

La casa para los jesuitas era grande y con criados que los atendieron, dándoles, incluso, permiso para ir a la iglesia a dar misa todos los días, escuchar los sermones por la tarde, pasear por el campo *“en fin, nos trataron en aquella villa, no como presos, sino como gente honrada”*.

El 18 de marzo partieron hacia la ciudad de Arica donde los esperaba un *“navichuelo”*, de unos 15 pasos de largo y que venía cargado de guano de pájaros que recogían cerca de Iquique en una de las tantas islas que se formaron de esta manera. Pero lo que más asombró de este puerto a Pellejà fue lo que sucedía con los cadáveres. Pues ninguno se corrompía y *“los más de ellos están en pie arrimados al cerco del cementerio”*. Aquel mismo día partieron por la noche, no sin antes dejar una somera visión de Arica, diciendo: *“es pieza tan poco apreciable que de casas*

puedo dar algún testimonio de que hay algunas, a lo menos chozas, pero de personas lo dudo”.

A los cuatro días llegaron al puerto de Ilo, donde permanecieron toda la Semana Santa, dejándolos confesar, predicar y oficiar misas todos los días, destacando haber visualizado la osamenta de una ballena muy grande y unas especies de barcazas de pescar hechas con cuero de lobo marino que el pescador, una vez terminada su tarea, la cargaba en sus hombros y se la llevaba a su casa.

Partieron luego hacia el norte, llegando al puerto del Callao en los primeros días de abril. Desembarcaron de noche y emprendieron camino rumbo a Lima custodiados por soldados armados. Llegaron a media noche a la Casa Profesa donde aguardaban los jesuitas de Chile. Las monjas y algunas damas de la ciudad los asistieron con comida y ropa, ya que los cuatro reales que les daba a cada uno el virrey Amat alcanzaban tan sólo para la leña y muy corta comida. Si bien Pellejà dice que poco puede decir de la ciudad, porque entraron de noche, expresa asimismo:

“La entrada o portal de ella no sólo no corresponde a tan grande y famosa ciudad, más aún para un lugarcillo sería cosa indigna. Las calles por donde nos llevaron son anchas y derechas, las casas muy bajas y por dentro dicen que están muy bien alhajadas. El techo de ellas es de cañas o tablas muy delgadas por causa de los temblores que son en aquella ciudad muy frecuentes, y con la seguridad de que no han de tener goteras, porque jamás llueve en aquellos países. Con todo hay bastantes edificios altos y magníficos, en especial los templos, los cuales dicen que son muy grandes y hermosos.”.

Luego habla de la ropa de las mujeres que le parece *“abominable e invención del demonio”*, por ser de faldas cortas, apenas por debajo de las rodillas. Incluso cuenta cómo a las niñas desde pequeñas les quiebran los dedos del pie apretándolos hacia la planta.

Por otra parte, el P. Schmid cuenta someramente en su relato que se embarcaron en Arica y el 8 de junio entraron al Callao. De Lima viajaron

en barco a Centroamérica, perdiendo el palo mayor en una tormenta. Llegaron a la ciudad de Panamá y pasaron el istmo a lomo de mula hasta alcanzar Portobelo el 8 de noviembre de 1768. Hasta allí llegó muy enfermo el P. Palozzi, falleciendo el 21 de diciembre. En esta ciudad pasaron su primera Navidad en el exilio, partiendo luego a la ciudad de Cartagena, a donde llegaron en enero de 1769. Cartagena es famoso puerto donde se embarcó durante décadas el oro de los Incas y la plata de Potosí, y donde entraban miles de esclavos que en su dolor habían elevado a los altares al jesuita Pedro Claver. Hasta allí llegó el hasta entonces P. Superior, quien murió el 25 de enero. Dejaron la vieja ciudad amurallada y llegaron a La Habana el 7 de marzo, donde se quedaron un mes hasta partir a España, arribando a Cádiz el 24 de mayo de 1769. Desembarcaron de la fragata “La Venganza”, los PP. Martin Schmid, Francisco Lardin y Buenaventura Castell, junto a un sujeto de la provincia de Quito y 11 de Mojos¹¹.

De esta misma fuente sabemos que los misioneros de Chiquitos llegaron a Cádiz en tres embarcaciones: La mencionada recién, otro navío llamado “El Buen Consejo”, alias “Los Placeres”, donde sólo se embarcó de Chiquitos al P. Francisco Vila, probablemente demorado por enfermedad, acompañado por 14 sujetos de Chile. Pero la primera embarcación con misioneros de Chiquitos que se registró en España fue el navío “El Rosario”, alias “San Francisco Javier”, donde se embarcó el P. Pellejà junto con otros 11 jesuitas de Chiquitos, además de otros dos de la provincia del Perú. Ellos eran Gaspar Troncoso, Tomás Reboredo, Antonio Priego, Juan Valdés, Benito Riva, Francisco Guevara, Gaspar Fernández de Campos, Pedro Ruiz, Joaquín Camaño, Julián Knogler y Andrés Roth.

De tal manera, dice Pellejà, que en la noche de la fiesta de Santa Cruz de Mayo, que es el 3 de mayo, se embarcaron unos 120 sujetos entre los soldados y los jesuitas que en su mayoría eran de Chile. Este dato tampoco tiene concordancia con el documento anterior, pues sólo se registran, en el documento mencionado, dos sujetos de la provincia del Perú. El 8 de mayo se hicieron a la vela rumbo al Cabo de Hornos y sin ninguna parada, cosa que nos parece extraño, pasaron a Cádiz

¹¹ *Ibidem.*

padeciendo un intenso frío en medio de tormentas que hacía que se tuvieran que calafatear las ventanas y atarse a los catres para no lastimarse. Se rompieron velas, dos marineros murieron violentamente, todo en medio de días cortos que se alargaron a medida que avanzaban hacia el noreste.

Arribaron al puerto de Cádiz el 7 de setiembre de 1768 con no pocas penas, aunque en un relativamente corto viaje de cuatro meses. Ya por entonces se habían marchado los jesuitas del Paraguay, como lo relata el P. Peramás.

En el Puerto de Santa María, cuenta Pellejà, se juntaron unos 700 jesuitas de América, que se repartieron en casas y conventos. A él le toco el Hospicio de Misiones de los jesuitas, junto con los provenientes de Méjico, Quito y el resto de Paraguay. Muchos jesuitas ya habían estado allí pero en otras circunstancias más felices, para esperar la ansiada partida a las misiones en Indias. Permanecieron hasta el 1º de febrero, en que fueron embarcados rumbo a Italia, 245 sujetos provenientes de aquellas provincias y algunos pocos de Lima. Después de tres semanas llegaron en una urca de suecos al puerto de La Spezia, al norte de Italia, donde fueron bien recibidos por las autoridades del lugar. Finalmente y en el último tramo de tan penoso viaje, les tocó cruzar los Apeninos septentrionales para llegar así a su destino final, la ciudad de Faenza.

Faenza y el *consumatum est*

A partir de este relato, pudimos establecer una ruta directa entre Santa Cruz, la ciudad española más próxima a las reducciones de Chiquitos. Ruta casi recta, aunque escabrosa y llena de obstáculos, entre ellos el intenso frío. Al llegar al Callao sabemos, por este mismo relato, que el grupo de Pellejà tomó la ruta del Cabo de Hornos, no menos complicada y larga, llena de tormentas e intenso frío. Itinerario opuesto al grupo de Schmid que fue rumbo al norte.

En todo el texto se vislumbra el dolor que causaba semejante viaje, comparado por Pellejà con el propio Calvario de Cristo hasta el *consumatum est* que invocó al llegar a Faenza, en esa Italia donde permaneció veinte años de injusto exilio.

No obstante estos padecimientos, su relato se constituye en un particular testimonio de viajero donde imprime en la pluma la descripción de villas y ciudades, costumbres, personajes y rarezas que se presentaban frente a sus ojos. Seguramente, un tanto displicente de lo que veía, lógicamente ante las circunstancias que envolvieron este desconsolado viaje hacia el exilio.

Sumamos con este trabajo otro testimonio, de los varios relatos de este grupo de religiosos americanos, cuyos padecimientos no pretendemos queden ajenos en el tiempo y se conozcan aunque sea después de más de dos siglos de aquellos sucesos tan lamentables.

RELACIÓN DE LA EXPULSIÓN DEL P. JOSÉ PELLEJÀ¹²

... cuyo color temen mucho, y cuando los indios ven que hay bastantes dentro el cerco, lo cierran del todo y las matan a satisfacción. En otras ocasiones esperan los indios que caiga una buena nevada, y cuando están medio cubiertas de nieve las matan con más facilidad.

La variedad y novedad de estos animales nos hizo menos pesado el camino que traíamos ya 8 o 10 jornadas desde la villa de Cochabamba y cuando menos pensamos nos encontramos con dos indios bien portados y a caballo, los cuales de parte del Padre Prior de los Agustinos¹³, que es cura de un pueblo de indios llamado Tapacari, nos saludaron y convidaron a que fuésemos a su pueblo, a donde deseaba su reverencia que llegásemos para tener cuanto antes el consuelo de darnos un estrecho abrazo. No es decible el gozo que tuvo aquel santo religioso al vernos; ni fue menor la confusión nuestra al vernos tan agasajados, no solo de su

¹² ARXIU, AC MI 03 Paraguay y Chaco.

¹³ Los Agustinos llegaron al Perú en 1551. En ese mismo año construyeron el primer convento religioso en Lima y formaron la provincia Agustina. Poco después se dedicaron a la evangelización del Altiplano boliviano. Sus primeras fundaciones fueron las de Challacollo, Paria, Toledo y Capinota en 1559, Sucre y La Paz en 1562, Tapacari en 1563, Colpa en 1570, Cochabamba en 1578, Potosí en 1584, Tarija, Pilaya y Pascaya en 1588, Copacabana en 1589 y Oruro en 1606. (Barnadas, 1976, p. 43) Por la época de la expulsión de los jesuitas era provincial el P. Juan de Igartúa, que ya lo había sido en 1758 y que conservaría el cargo hasta 1770.

reverencia el Padre Prior, sino también de todos aquellos santos religiosos que en número de 8 o 10 formaban comunidad en aquel desierto, los cuales todos querían meternos dentro de sus corazones, abrazándonos con más ternura y amor que si hubiéramos sido sus propios hermanos. Al punto dejaron todos sus celdas porque en ellas estuviésemos nosotros con mayor comodidad, y nos regalaron tanto los días que estuvimos en su compañía, que casi nos hicieron olvidar de los trabajos pasados.

No se estrechó la caridad del Padre Prior dentro del convento, sino que mandó al Padre procurador que se adelantase al pie de la famosa cuesta de Tapacari, y nos previniese la comida para que tomásemos fuerzas para vencer aquel tan nombrado cerro. Despedímonos de tan santos religiosos no sin lágrimas de todos ellos, que más que otros conocían los males que lloverían en aquellos países por la falta de los jesuitas. Emprendimos aquel cerro, que es alto por extremo, todo peña viva, en el cual no se conoce senda alguna, ni rastro de camino, por cuya causa nuestro conductor anduvo muchas horas perdido y solo entre aquellas breñas, pero nosotros salimos con felicidad gracias al Señor, mas quiso nuestra desgracia para corona de lo mucho que nos costó vencer a aquella cuesta que las mulas de carga, que traían mucho equipaje de tiendas o toldos y comida se cansasen en la mitad de la subida, y por eso nos fue preciso el parar aquella noche en la cumbre de aquel cerro, sin tener más abrigo que las nubes, en cuya región estábamos, ni más comida de la llevábamos adelantada en la barriga. Dormimos aquella noche al raso, y aunque no tuvimos que dar al diente, no por eso estuvieron estos ociosos, dando unos con otros toda aquella noche por el excesivo frío que nos penetró y traspasó, y amanecimos medio muertos, más de frío que de hambre. Añadióse a nuestro frío la frialdad con que toman aquellos arrieros sus jornadas los cuales sin pasar cuidado de nuestro desavío, estaban con más sosiego en la mitad de la cuesta, que pena teníamos nosotros en la cumbre, en donde al amanecer, cuando más deseábamos que llegasen presto las cargas, se les adelantaron a éstas unas nubes muy preñadas de nieve, las cuales más que de paso descargaron sobre nosotros añadiendo al frío de la noche la frialdad de su viento y de la nieve. Quiso la bondad del Señor para que no pereciésemos de puro frío en aquel desierto, que divisásemos, aunque de lejos un rancho o cabaña de unos pobres indios, los cuales nos albergaron y recibieron en su choza con mucha caridad, partiendo con

nosotros lo poco que tenían, lo que nos pareció y supo mas bien, aunque corto regalo y poco abrigo, que la abundancia de Pocona, Pumata y Tapacari. Dos días estuvimos con aquella pobre gente, que fue el tiempo que tardó de dejar de nevar y llegan las cargas.

Cuanto más íbamos internándonos en el reino del Perú iban más y más creciendo los fríos, de suerte que ya se nos hacían casi insoportables y esto que entonces es por allá el rigor del verano y estábamos nosotros bajo la zona tórrida. Los cerros todos los días eran más ásperos y por más prisa que deseábamos darnos para liberarnos cuanto antes del frío y del camino, no pudimos llegar hasta a fines de enero a la rica villa de Oruro, desde donde hasta a la villa de Tacna, que es el fin de los cerros y del frío solo faltaban 80 leguas. Aposentáramos también aquí en Oruro en el convento de los Padres franciscanos aunque deseábamos más hospedarnos en el de los Padres dominicos, cuyo Padre Prior había tratado a los demás Padres que por allí pasaron con un amor y caridad indecible, mas a nosotros nos habían ya tomado bajo su disciplina los reverendos padres franciscanos¹⁴. Está la villa de Oruro en la falda de unos cerros llenos de oro y plata, pero tan falta su vecindad de un todo, que no sólo no tienen agua buena para beber, ni un palo de leña para calentarse, pero ni una sola yerba se ve en aquellos cerros pelados. Todo les viene de afuera de algunos valles que dicen son bastantes fértiles. De ellos les viene la famosa coca, que es el único alimento de aquellos indios todo el tiempo que están dentro las minas, y aun fuera de ellas apenas comen otra cosa que esa coca, la cual no es otra cosa que hojas de unos arbolillos que plantan los españoles y venden a los indios a muy subido precio y estos con mascar aquellas hojas y tragarse el jugo, ya no pasan pena de comida y bebida en ocho y más días. Mezclan con las hojas en la boca una especie de barro a que llaman llipta¹⁵, el cual dicen que sazona las hojas en la boca como la sal sazona

¹⁴ La ciudad de Oruro fue fundada por los españoles en 1585 sobre una población indígena de quechuas y aimaraes. Mientras que la presencia franciscana en Perú se remonta a 1532, la provincia sudamericana de los Doce Apóstoles se crea en 1553 para ser dividida en 1565. Nace entonces la provincia de San Antonio de Charcas y con ella la fundación de varios conventos. El de Nuestra Señora de Guadalupe de Oruro se funda en 1606.

¹⁵ Llipta o llipta es el complemento de la coca formada por una masa de cal o ceniza vegetal, normalmente kiwicha o quina, que potencia la extracción de alcaloides de la coca.

la comida. Cuando vuestra reverencia quiera probarlas me es fácil enviarle algunas con su llipta, por que tengo alguna porción que traje por ser medicinal. En Oruro nos hicieron más ropa y añadieron una laya de capucho o capulla para que nos cubriese la cabeza y rostro contra la nieve y granizo que todos los días cae en aquellos parajes.

Salimos de Oruro a principios de febrero y a las 3 o 4 jornadas llegamos a Curahuara¹⁶, pueblo pequeño de indios. Pasamos aquí 3 días, porque nuestras mulas estaban muy rendidas. El señor cura de aquel pueblo, aunque estaba ausente, supo prevenimos buen alojamiento, pero algunos de nosotros quisimos más dormir en nuestros toldos de lienzo que albergarnos en las casas de los pobres indios para no darles esta molestia. Esto me pasó a gran riesgo y a peligro de que me costase muy caro, porque a prima noche cayó tanta nieve que no pudiendo sufrir el palo del toldo tanto peso de la nieve se hizo pedazos con riesgo de nuestra vida. Vínose abajo el toldo y el peso grande de la nieve lo apresó tanto sobre nosotros y la tierra que nos sofocaba por no tener lugar para reformar, porque nos apretaba tanto contra el suelo que nos tenía como prensados con la tierra. Lo peor del caso fue el no poder llamar a los otros compañeros para que nos socorriesen porque a más de estas ellos lejos en vano hubiéramos pretendido llamarlos, cuando nos ahogábamos por no poder respirar. Pero quiso Dios que casi los extremos que hicimos para respirar y sin tocarnos se cayó algo de la nieve que nos oprimía y se aligeró un poco aquella parte del toldo que estaba encima de mis espaldas y con eso me puse sobre las rodillas teniendo la cabeza en el suelo para poder en aquel hueco respirar con algún alivio. Así estuve con gran trato aguantando sobre mis espaldas con solo la camisa, el peso de la nieve y la frialdad de ella. Más como esta postura no era para durar toda la noche, me imaginé como poder salir, aunque fuese en camisa. El toldo estaba clavado con estaca por todo alrededor, y no nos podíamos valer entonces ni de piedras, ni martillo para desenclavarlo. En tales aperturas me valió mi cabeza embistiendo con ella a la orilla del toldo y tales topetones le di, que logré arrancar a una estaca y sin reparar en el frío, ni en la nieve, me

¹⁶Curahuara de Carangas está ubicada a 60 km de Oruro y se destaca su iglesia, construida en 1608, con un importante artesonado pintado en la cubierta interior, además de los notables frescos de sus muros. Es considerada la estructura más importante de la región del altiplano de Bolivia.

colé por aquel agujero como una culebra y en camisa, descalzo y con nieve hasta muy arriba me fui a guarecer en el toldo de otros sujetos y a llamar gente para que fuesen a favorecer a mi compañero, que quedaba aún enterrado bajo la nieve.

Fortalecidos los animales proseguimos nuestro viaje y esa cosa de ver nuestro traje en aquellos caminos. Habíamos ya dejado el poncho, que es un pedazo de lienzo con su agujero en medio, en el cual se mete la cabeza y una parte del lienzo cuelga por el pecho y otra por las espaldas a modo de dalmática. Porque este especie de ropa, aunque es común para los que van de camino, pero en aquellas punas es de poco abrigo nos vistieron en su lugar un capingo, el cual participa de capa y de bata, en la cabeza nos calaron una especie de montera con su tapacara de diverso color del capingo, y nos llegaba hasta bien abajo del pecho. Ciertamente era cosa de ver y reír aquel ridículo traje que nos vistieron, si el frío, la nieve, el granizo y las cuevas no nos hubieran obligado a mirar más por sí cada uno, que atender al ridículo vestido de los otros. Con todo nos sirvió para traernos a la memoria el vestido con el cual burló de loco el rey Herodes a Jesucristo y nos consolábamos de parecerle siquiera en el vestido.

Llegamos por fin a la cumbre del último cerro día 16 de febrero, después de tres meses y medio de camino desde el primer pueblo de misiones de los chiquitos y desde el mío, cuatro meses y medio, casi siempre por despoblados y serranías espantosas, excediendo mucho las subidas a las bajadas cuando se viene hacia el Perú desde aquellas misiones. Considere pues ahora vuestra reverencia a qué altura material estará este cerro? En donde es el epílogo del frío de todos los demás y en los cerros pasados, aunque tan fríos, se puede decir, que es primavera si se comparan con este. Esta altura, a mi ver, es la causa del frío en todas aquellas serranías, porque todas ellas por el paraje por donde las pasamos están bajo la zona tórrida y el tiempo, en que caminábamos por ellas, era allá el rigor del verano, y con todo son tanto y más fríos de lo que dejo dicho. Y por la misma razón, siempre allá el aire mucho más sutil, que en lo bajo, se fatiga uno tanto, si quiere caminar a pie, que a pocos pasos que camine, es preciso que se pare a respirar, porque se sofoca. Lo mismo pasa con los animales, que a pocos pasos es necesario detenerlos y parar un rato, porque les falta el aliento. Tres días estuvimos detenidos

en la cumbre de aquel cerro, porque se nos perdieron las mulas, las cuales se huyeron por no poder sufrir lo excesivo del frío. Y si aquellos animales, que están acostumbrados a estos rigores no podían recibir al frío, ¿cómo nos iría a nosotros, que todos venimos de temples muy ardientes? Con todo hubimos de aguantar, porque no había otro remedio. Por más que nos encerrábamos dentro los toldos, era tan sutil la escarcha que caía todas las noche, que pasaba los poros del lienzo, y nos cubría las camas, dejándolas por las mañana tan blancos como si hubiera cabido una nevada sobre nosotros o como si hubiéramos dormido en la campaña.

Después de tres días que nos parecieron tres años de invierno por el riguroso frío que allá tuvimos y por las continuas nieves o granizo, quiso Dios que recogiesen los peones algunas mulas, las que bastaban para montar nosotros. Y sin más esperar a los demás, montamos a caballo dejando en el cerro todo nuestro equipaje, porque más apreciábamos nuestras vidas que lo demás de ropa y algunas frioleras que traíamos. Adelantamos dejar allí un aviso al gobernador de Tacna para que mandase gente y animales para traer nuestras cargas, que en el cerro dejábamos y nosotros empezamos ya a bajar al valle y dejar a las espaldas todos los cerros que tanto trabajo nos habían costado. Aquí experimentamos casi de repente tan diversos temples y aire tan distintos, que a más de admiramos mucho, nos dio motivo para filosofar sobre las causas de tan repentina mudanza. No habíamos bajado una legua de cuesta, cuando ya nos encontramos como en otra región del todo diferente. Nos hallábamos ya en paraje desde donde no solo ya es continua primavera, sino que jamás en ningún tiempo del año llueve, siendo así que en la cumbre de aquel cerro y en los demás que quedaban atrás todo el año es invierno, y todos los días, o cae nieve o granizo. Por cuya razón de ahí adelante ya no se usan los vestidos de invierno en ningún tiempo del año.

El día 20 de febrero llegamos a la villa de Tacna¹⁷ en donde fuimos bien recibidos no solo del señor gobernador, sino de toda la gente, la cual por

¹⁷ Fundada por los conquistadores en 1572 sobre tierras integradas al imperio incaico por el inca Túpac Yupanqui. Fue por entonces encomienda de Pedro Pizarro, mandando el virrey Toledo a formar allí una reducción. Cuando se hace la división eclesiástica de 1613 se crea la parroquia de San Pedro de Tacna dependiente del corregimiento de San Marcos de Arica.

la mayor parte son mestizos, hijos de españoles e indias. Como allí no llueve, ni hace frío por eso muchas casas de aquella villa son de caña sus paredes y techo, con que logran juntamente el fresco, la luz y defenderse del sol. La que escogieron para hospedarnos era bastante grande, con criados que nos sirviesen y tolo cercado en abundancia. Diéronnos licencia para ir a la iglesia a decir misa todos los días y a oír por las tarde el sermón que se predicaba en ellas, dionos facultad para pasear por el campo y en fin, nos trataron en aquella villa, no como presos, sino como gente honrada. Gracias al señor contador don Ramón de la Huerta, noble vizcaíno, bajo cuyo amparo estuvimos 28 días hasta que se nos previno embarcación para pasar a la ciudad de Lima.

El día 18 de marzo, víspera de mi santo, nos partimos de esta villa a la ciudad de Arica¹⁸, distante 12 leguas, la cual está a la orilla del mar del sur, en donde nos esperaba un navichuelo tan pequeño que bien medido tenía solos 15 pasos de largo. Venía este navichuelo cargado de guano, que es estiércol de unos pájaros, el cual recogen en una isleta que está en otro puerto vecino a esta ciudad, llamado Iquique¹⁹. Este estiércol es de mal olor, y lo venden muy subido de precio por que aquellos campos no quieren dar fruto sin este beneficio. Ya que he tocado a este puerto de Iquique, no puedo dejar de decir a vuestra reverencia de paso lo que allí sucede con los difuntos, por ser cosa especial. Ninguno se corrompe de cuantos allí entierran, y así hay allí difuntos de cien años y más tan enteros y sin corrupción alguna como el mismo día que murieron. Los más de ellos están en pie arrimados al cerco del cementerio.

En la misma víspera de San José por la noche nos embarcamos, porque en la ciudad de Arica son continuas las tercianas²⁰ y además se libra de ellas el que allí para algunos días. No sentimos mucho el dejar tal ciudad porque es pieza tan poco apreciable que de casas puedo dar algún

¹⁸ La "ciudad de la eterna primavera" debe su nombre a los Tiwanaku que así la llamaron entre los siglos IV y IX. Fue dominada por los Incas hasta 1541 que don Lucas Martínez Vegaso la funda como villa del Perú.

¹⁹ El guano era extraído de la ahora desaparecida pequeña isla Serrano, situada al Noroeste de la caleta. Era un rico fertilizante utilizado por los incas en sus siembras.

²⁰ Forma de fiebre intermitente que aparece cada tres días

testimonio de que hay algunas, a lo menos chozas, pero de personas lo dudó. Metímonos en aquel caracol marino, que por lo pequeño, mejor le vino este nombre que el de navio. Y con la estrechez y hediondez que puede juzgar vuestra reverencia llegamos a los 4 días de navegación al puerto de Ilo²¹, en donde hicimos escala y paramos toda la Semana Santa. Aquí confesamos a la gente de aquel puerto y de la vecindad. Les predicamos en el Jueves Santo, rezábamos todas las noches con ellos el rosario. Les dijimos misa todos los días y cantamos con la celebridad que se pudo los oficios de la Semana Santa de la misma manera que si hubiéramos estado en un colegio nuestro. Aquí vimos dos cosas especiales, la una fue la osamenta de una ballena muy grande y la otra fue una especie de barcos de pescar hechos de cuero de lobo marino hinchados como odres²² a los cuales, en acabando el pescador la pesca, quita el viento y cargándolos a cuestras, se va a su rancho con la barca.

El tercer día de Pascua nos embarcamos otra vez para Lima, añadiéndonos algunos pasajeros para esa ciudad. En esta navegación vimos muchos ballenatos por los dos costados de nuestro navichuelo, los cuales aunque nos divertían con sus juegos y con el agua que despedían por el pescuezo, echándola tan alto que nos llegaba a salpicar. Con todo por otra parte nos fueron de gran molestia, porque despedían muy a menudo unas ventosidades tan hediondas, que por más que nos tapábamos las narices y nos escondíamos en la bodega del navichuelo no nos pudimos librar de su hedor pestilente. Y hubo días que desde las diez de la mañana hasta las 5 de la tarde nos estuvieron estos animales como toreándonos.

A los primeros de abril llegamos por fin al tan deseado puerto del Callao, que está dos leguas de la ciudad de Lima. Desembarcamos al anochecer, y a la misma noche en compañía toda entre armas y soldados

²¹ Ilo fue poblada en la época precolombina y siempre se constituyó como una ciudad portuaria cuya fecha de fundación se desconoce aunque la presencia española es del siglo XVI.

²² En tiempos de Jesucristo, pues se mencionan en Lucas 5:37, eran recipientes de hechos de piel de ovejas y carneros donde se ponía el vino a fermentar, haciendo que el cuero se expanda.

proseguimos con mucha cruz el camino por tierra hasta la ciudad. Estaríamos como a la mitad del camino, cuando nos salió al encuentro una buena mujer; la cual, si no nos limpió el sudor como la Verónica a Cristo, nos hizo descansar un rato y nos dio de refrescar según su pobreza. Llegamos a la ciudad a media noche, y en la Casa Profesa nos recibieron entre sus brazos los Padres de la Provincia de Chile que allí estaban crucificados al mundo por los pecados ajenos.

En esta ciudad hubiéramos padecido mucho, sino hubiera sido por la mucha caridad de algunas buenas señoras, en especial de las monjas, las cuales nos asistieron no sólo con ropa sino también con comida. Porque aunque el señor virrey, nuestro señor Amat²³ nos daba cuatro reales todos los días a cada uno de nosotros para nuestra manutención, apenas bastaban estos para leña, y una muy corta comida. Entre las señoras de la ciudad hubo una tan fervorosa y devota para favorecernos que no teniendo ya plata, vendía las joyas para hacernos limosna. Y ese fue el único consuelo que tuvimos en Lima, entre tantos soldados y armas que había en la puerta.

De la ciudad no le puedo decir cosa especial, porque entramos en ella a la media noche, y a esta hora salimos cuando nos fuimos a embarcar. La entrada o portal de ella no sólo no corresponde a tan grande y famosa ciudad, más aún para un lugarcillo sería cosa indigna. Las calles por donde nos llevaron son anchas y derechas, las casas muy bajas y por dentro dicen que están muy bien alhajadas. El techo de ellas es de cañas o tablas muy delgadas por causa de los temblores que son en aquella ciudad muy frecuentes, y con la seguridad de que no han de tener goteras, porque jamás llueve en aquellos países. Con todo hay bastantes edificios altos y magníficos, en especial los templos, los cuales dicen que son muy grandes y hermosos. Sólo el traje de las mujeres, así de esta ciudad como de todo aquel reino del Perú es abominable e invención del demonio, porque las sayas o faldellín lo traen tan corto que apenas las baja de las rodillas, enseñando toda la pierna, y fuera de eso se lo atan a la cintura como suelen los hombres atar los calzones. Se ciñen la

²³ El catalán Manuel de Amat y Juniet fue primero gobernador de la Audiencia de Chile (1755-1761) y luego virrey del Perú (1761-1776). Durante su mandato se destacaron las obras de ornato e infraestructura que realizó en Lima.

barrigón con una fajita al modo de los danzantes de Valencia. De la cintura arriba no está menos indecente. Los pies desde niñas se los componen como bota quebrando los dedos, apretándolos hacia la planta del pie, de suerte que más parecen pies de caballo, que de mujer cuando van calzadas²⁴.

La noche de Santa Cruz de Mayo²⁵ nos embarcamos para consumir el sacrificio que Dios quería de nosotros. Acompañados de soldados y de armas fuimos al navío llamado San Javier 120 sujetos de los cuales la mayor parte eran de la provincia de Chile; y el día 8 del mismo mes nos hicimos a la vela y entramos en aquel mare magnum y terrible del Cabo de Hornos. A los sesenta grados de altura padecimos la mayor tormenta que de muchas que se puede imaginar y casi se verificó en nosotros aquel texto que dice: *“veni in altitudinem maris et tempestas demersit me”*²⁶. Parece que Dios nos había desamparado aquel día y había estado contra nosotros todo el poder del abismo. Soplaban el viento con furia y espanto, y el mar bramaba con tal cólera y se levantaba tan alto que con cada ola parecía nos quería tragar con el navío. Más de dos varas sobrepujaba el mar por todos los costados del navío, al cual de continuo pasaban y traspasaban las olas no sólo por el combes y costado, sino también por encima la toldilla, la cual estando el mar en bonanza distaba a los menos 12 varas del agua. Los vaivenes de la nao eran tan horrorosos que en cada uno pensábamos ser el último y que se nos volcaba el navío. Los marineros con ser gente hecha a

²⁴ En Asia, más precisamente en China, se denomina lirios o pies vendados a una modificación corporal tradicional que consiste justamente en impedir el crecimiento de los pies de las mujeres. Se practicó durante 10 siglos hasta que se prohibió en 1911, aunque aún hoy se pueden ver mujeres mayores con esas deformaciones.

²⁵ Se la conoce como la Fiesta de las Cruces o Cruz de Mayo que se celebra el 3 de mayo. Es una celebración muy popular que tuvo su origen en la visión del emperador Constantino I, cuando se le apareció una cruz en una batalla contra los Bárbaros donde se inscribía su triunfo. Inmediatamente envió a Jerusalén a su madre Santa Elena, para que encontrara la Cruz de Cristo. Halló varios maderos ensangrentados en el monte Calvario y para saber cuál era el de Cristo, los colocó sobre personas enfermas o muertas y estas sanaron y resucitaron.

²⁶ “He llegado a la alta mar y la tempestad me ha sumergido”, Libro de los Salmos LXVIII-3.

prueba de tormentos, estaban de ésta tan espantados, que ninguno osaba a asomar por la escotilla por más gritos que el capitán y pilotos les daban para que los favoreciesen. A nosotros nos tenían como encerrados en nuestra cámara de abajo, calafateadas todas las ventanas y aún los lugares necesarios que no lo fueron aquel día, porque lo pasamos en riguroso ayuno, y aunque no nos hubieran mandado encerrarnos abajo, el frío tan riguroso que en aquella altura hacía, la nieve, los vaivenes, la horrorosa vista del mar, sus furias y bramidos, el viento tan tempestuoso, los crujidos de los árboles y de las tablas, y la noche casi continua, nos hubieran obligado a escondernos no digo en lo más hondo del navío, sino en las más profundas y oscuras cuevas de la tierra. Todo fue terror aquel día, todo espanto, que más parecía día del Juicio que otra cosa.

Sólo el consuelo que en esta tormenta tuvimos fue el mismo padecer y el considerar cómo el Señor nos llevara por el mismo camino de trabajos que se dignó tomar por nosotros su Majestad en vida, y al ver también cuan semejantes a los suyos se dignaba el Señor enviarnos a nosotros, nos gozábamos de ellos y nos daba sed de padecerlos mayores y aún de morir con ellos si su Majestad fuese servido. Ya ha visto vuestra reverencia en esta relación cuanta semejanza han tenido nuestros trabajos con los que padeció el Señor en su Pasión Santa, lo cual nos ha servido de gran consuelo y esfuerzo, y para que lo fuesen también estos últimos que padecíamos, dispuso el Señor que no sólo nuestros trabajos, más también las circunstancias de ellos, fuesen semejantes a las circunstancias de su Pasión. Ya habrá reparado usted en el discurso de esta carta cuan parecidas han sido las circunstancias de nuestros pasos con los de la Pasión del Señor, y en estos últimos nuestros, quiso el Señor que tuviesen alguna semejanza para excitarnos la memoria de su exhibo amor, con que nos fortaleciésemos, y no desmayásemos entre tantos trabajos. Allá en su crucifixión se oscureció el sol y la luna, y ahora para nosotros, sino se oscurecieron del todo, a lo menos no tuvieron en una casi continua noche, porque en aquella altura de sesenta grados, y por el mes de junio, que entonces era, apenas salía el sol, cuando se escondía. De tal suerte que al medio día alargando yo la mano y abriendo los dedos de ella, con el uno tocaba con la vista el sol, y con el otro dedo al horizonte, estando para nosotros todo aquel tiempo que estuvimos en aquella altura, casi en un continuo eclipse. Algunas

velas se nos rompieron, y si las piedras no se quebraron por faltar éstas, ni hubo terremotos por estar en la mar. Se quebraron muchas tablas y se movieron tanto las aguas y el navío, que nos fue preciso atarnos en nuestros catres todo el tiempo que estuvimos en aquellos mares bravos, para no dar al través y rompernos algún brazo o pierna, que casi me rompí yo de una caída. Como son aquellos mares tan terribles y los vientos por lo común soplan con furor, tienen la providencia de poner en el navío otras velas más pequeñas y fuertes que las ordinarias y también tienen las mesas de guarnición con fuertes tablas para que la fuerza de los vientos y la furia de las olas no arranquen las argollas y se lleven las jarcias con pérdida del navío. Todo el tiempo que duró desde esta altura hasta los 40 grados estuvimos encerrados en nuestro camarote, calafateadas las ventanas y los lugares, para que algún golpe de mar no se los llevase con algún sujeto adentro, y así estuvimos todo este tiempo como presos en un calabozo oscuro. El otro día de la tormenta cayó un marinero desde la antena a mis pies, y poco después espiró. Otro cayó en la mar y por más prisa que nos dimos en virar y ponernos a la capa ya le habían arrancado los ojos unos pájaros grandes y negros, y con eso se ahogó. Mayor fortuna tuvo otro que también se cayó en el mar, el cual aunque al caer se hizo pedazos una pierna, con todo lo sacamos con vida de las aguas y no murió de aquella. Toda la demás tripulación se confesó muchas veces en el tiempo de la navegación. Muchos se confesaron generalmente. Se les hicieron varios sermones y pláticas, con las cuales se evitaron muchos males que semejante gente suele obrar sin mucho reparo. Fuera de esta tormenta y de algunas otras que duraron menos, lo restante de la navegación fue muy feliz, porque pasados ya los excesivos fríos del Cabo de Hornos, a los 40 grados ya cesaron las nieves que en aquella altura eran continuas, los días se alargaron, y sin haber visto ningún banco de nieve, entramos ya en mares más benignos y llegamos con felicidad la víspera de Natividad de Nuestra Señora a 7 de setiembre al puerto de Cádiz, desde donde nos faltaba ya poco que padecer y morir civilmente para nuestra España y América.

Para que vea lustra reverencia cuan feliz fue nuestra navegación, fuera los trabajos dichos, y como el Señor por su bondad, aunque quiso que los padeciésemos, tuvo cuidado de abreviarnos, repare cuan breve fue nuestro viaje desde Lima. Salimos del Callao a 8 de mayo y llegamos a

7 de setiembre a Cádiz un día menos de 4 meses. El puerto del Callao está a los 12 grados de altura austral, y nuestro primer rumbo no fue al sur sino al suroeste hasta los 60 grados; de aquí por muchos centenares de leguas caminamos al este, para asegurarnos de haber doblado el Cabo de Hornos. Después por más tiempo al nordeste, al norte, al noroeste más, al oeste, y después al este para coger a Cádiz, dando vueltas y revueltas por aquellos mares, caminando primero los grados que van de 12 hasta los 60, de 60 hasta la línea equinoccial y de ésta hasta 35 grados en que está Cádiz.

En el Puerto de Santa María nos juntamos más de 700 jesuitas de la América, los cuales estaban repartidos en varios conventos y casas. A mi me tocó con los demás de nuestra provincia del Paraguay, de México y Quito, el Hospicio nuestro, en donde estuvimos con guardias en la puerta hasta que nos embarcamos para el Puerto de Especia²⁷ a primeros de febrero 245 sujetos, parte del Paraguay, parte de Quito, algunos de México y pocos de Lima, todos en una urca de suecos herejes, que se portaron mejor con nosotros que los otros escribas y fariseos que eran de nuestra nación. La navegación fue algo larga y trabajosa y en algunas tormentas que tuvimos en el golfo de León nos confesamos ya para morir y nos tuvimos por muertos más de una vez. Confieso que fue más por lo que aprendimos que al mismo peligro.

Después de tres semanas llegamos a puerto Especia. Fuimos bien recibidos del señor gobernador y después de algunos días partimos para esta ciudad de Faenza, a donde pasados los Apeninos con mucho frío y nieve, llegamos con salud gracias al Señor, y dijimos el "*consumatum est*"²⁸ de nuestros trabajos, tratándonos como muertos para nuestra España, o por mejor decir teniendo ella a nosotros como muertos, sin permitirnos una comunicación con nuestros padres y amigos, cual la que tienen los muertos con ellos. Quiera el Señor que así como ha querido su majestad que imitásemos en esta nuestra

²⁷ La Spezia en Liguria fue, junto al de Civitavecchia, de los puertos mayormente usados para el desembarco de los jesuitas expulsos.

²⁸ Locución latina que significa literalmente "se acabó todo", "todo está cumplido". Según el Evangelio de San Juan, éstas fueron las últimas palabras de Cristo.

tribulación a la que tuvo de los suyos en su Pasión Santa, quiera también que le imitemos en su Gloriosa Resurrección, renunciando para nuestra España y América para mayor gloria suya y bien de tantas almas. Y así como los judíos después de crucificado y muerto el Señor se crían los pechos llenos de compunción por su pecado, quiera ahora el Señor abrir los ojos de nuestros, para que se reconozcan y conviertan. El Señor guarde a vuestra reverencia.

Muy siervo de vuestra reverencia
José Pellejà

Bibliografía

- ADAM Lucien y Victor HENRY (1880). *Arte y Vocabulario de la Lengua Chiquita. Con algunos textos traducidos y explicados. Compuestos sobre manuscritos inéditos del siglo XVIII*. París.
- BARNADAS, Josep (1976). *La iglesia católica en Bolivia*. La Paz: Ed. Juventud.
- BARROS ARANA, Diego (1932). *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*, Biblioteca Vida Chilena, Ed. Ercilla, Año 1, Nº 7, Santiago.
- BATLLORI SI, Miguel (1966). *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos, españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814*. Madrid: Ed. Gredos.
- (1951). "El Archivo Lingüístico de Hervas en Roma y su reflejo en Wilhelm von Humboldt", *Archivum Historicum Societatis Jesu*, Anno XX, Fasc. 39.
- BRAVO, Francisco Javier (1872). *Inventarios de los bienes hallados, a la expulsión de los jesuitas y ocupación de sus temporalidades por decreto de Carlos III, en los pueblos de misiones, fundados en las márgenes del Uruguay y Paraná, en el Gran Chaco, en el país de Chiquitos y en el de Mojos, cuyos territorios pertenecieron luego al virreinato de Buenos Aires: con introducción y notas, por D. Francisco Javier Brabo, comendador de número de la Real Orden americana de Isabel la Católica, y Caballero de la Real y distinguida de Carlos III*. Madrid: Imprenta y esterotipia de M. Rivadeneyra.
- COMBÈS, Isabelle (2009). *Zamuco*. Cochabamba: Instituto Latinoamericano de Misionología.
- FERNÁNDEZ ARRILLAGA, Inmaculada (2002). "Manuscritos sobre la expulsión y el exilio de los jesuitas (1767-1815)", En GIMÉNEZ LÓPEZ (ed), Enrique. *Y el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el s. XVIII*, Universidad de Alicante.
- (2004). *El retomo de un jesuita desterrado. Viaje del Padre Luengo desde Bolonia a Nava del Rey (1798)*. Manuel Luengo S.I. Universidad de Alicante.

- (ed) (2001). *Memorias de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España (1767-1768)*. Manuel Luengo S.I., Universidad de Alicante.
- FISCHER, Rainald (1988). *Pater Martin Schmid SJ, 1694-1772. Seine Briefe und sein Wirken. Beiträge zur Zuger Geschichte, Band 8*. Verlag Kalt-Zehnder-Druck, Zug.
- FURLONG SJ, Guillermo (1939). *Entre los mocobíes de Santa Fe, según las noticias de los misioneros jesuitas Joaquín Camaño, Manuel Canelas, Francisco Burgés. Román Arto, Antonio Bustillo y Florián Paucke*, Buenos Aires: Sebastián Amorrortu e hijos.
- (1939). *Entre los vilelas de Salta. Según noticias de los misioneros jesuitas Bernardo Castro, Joaquín Camaño, Antonio Moxí, Vicente Olcina, Alonso Sánchez, Roque Gorostiza, José Solís, Antonio García, Tomás Borrego y Pedro Juan Andreu*, Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.
- (1952). *José Manuel Peramás y su diario del destierro (1768)*, Colección Escritores coloniales rioplatenses. Buenos Aires: Librería del Plata.
- (1955). *Francisco Javier Iturri y su "Carta Crítica" (1797)*, Escritores coloniales rioplatenses. Buenos Aires: Ed. Theroria.
- (1955). *Joaquín Camaño SJ y su "Noticia del Gran Chaco" (1778)*, Buenos Aires.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique y MARTÍNEZ GOMIS, Mario (1995). "Los diarios del exilio de los jesuitas de la provincia de Andalucía (1767)", *Revista de Historia Moderna*, Nº 13-14, Universidad de Alicante.
- GRENÓN SJ, Pedro (1920). *Los Funes y el P. Juárez*. Primera parte, Biblioteca Funes, Córdoba.
- HERNÁNDEZ SI, Pablo (1908). *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay por decreto de Carlos III*. Madrid.
- HOFFMAN, Werner (1981). *Vida y obra del P. Martin Schmid SJ (1694-1772). Misionero suizo entre los chiquitos. Músico, artesano, arquitecto y escultor*. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- KÜHNE, Eckart (2003). Transcripción: Misiones de Chiquitos, inventario de 1767. En Archivo Catedralicio de Santa Cruz, sección 2 (catedral), serie 8 (inventarios).

- LEONHARDT, SJ, Carlos (1927). *Documentos para la Historia Argentina, Tomo XIX, Iglesia, Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras Instituto de Investigaciones Históricas.
- PACHECO SJ, Juan Manuel (1989). *Los jesuitas en Colombia. Tomo III (1696-1767)*, Bogotá D.E., Colombia.
- PAGE, Carlos A. (2001a). "Gaspar Juárez y su relación inédita sobre la expulsión", *Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, Año 2, Nº 2, Córdoba.
- (2001b). "Historiografía y fuentes de información para la historia de la Compañía de Jesús en Argentina". En *Segundas Jornadas de Historia de los pueblos de Paravachasca, Calamuchita y Xanaes*, Alta Gracia: Museo Nacional "Casa del Virrey Liniers".
- (2007). *Los viajes de Europa a Buenos Aires, según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII*, Córdoba: Báez Ediciones.
- (2010a). *Relatos desde el exilio. Memorias de los jesuitas expulsos de la antigua Provincia del Paraguay*. Trabajo inédito financiado por la Fundación Carolina de España y el CONICET de Argentina, realizado entre los años 2007 y 2010.
- (2010b). "El exilio de los novicios jesuitas de la provincia del Paraguay", En VII Jornadas de Historia Eclesiástica y II de Archivos Eclesiásticos, Buenos Aires, 11 y 12 de junio de 2010.
- PASTELLS, SJ, R.P. Pablo continuación por F. MATEOS SJ, (1928). *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*, Tomo VIII Primera Parte 1751-1760. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PAUCKE SJ, Florián (1944). *Hacia allá y para acá (una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767)*, traducción castellana por Edmundo Wernicke, Tomo III, Primera Parte, Tucumán-Buenos Aires. *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Tomo VI, Buenos Aires, 1906.
- SÁNCHEZ LABRADOR, José (1919). *El Paraguay católico*, Homenaje de la Universidad Nacional de La Plata al XVII congreso internacional de los americanistas en su reunión de Buenos Aires, en mayo 16 a 21 de 1910. Buenos Aires: Impr. Coni, Tomo 2.

- STORNI SI, Hugo (1981). *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma: Institutum Historicum SI.
- TOMICHA CHARUPÁ, OFMConv. Roberto (2002). *La primera evangelización en las reducciones de Chiquitos, Bolivia (1681-1767)*. Cochabamba: Ed. Verbo Divino.